



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El fin de siglo y el fantasma de los marginados

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1994). El fin de siglo y el fantasma de los marginados. *Cuadernos Americanos*, 2(44), 35-42.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 44, (marzo-abril de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL FIN DE SIGLO Y EL FANTASMA DE LOS MARGINADOS*

Por Leopoldo ZEA
CCYDEL, UNAM

EN 1976, al conmemorarse el Bicentenario de la Independencia de Estados Unidos, el sociólogo estadounidense Zbigniew Brzezinski reflexionaba sobre la Declaración que dio inicio a la Revolución de Independencia de ese país y que inspiró movimientos de independencia a lo largo de la tierra. Fue, decía Arnold Toynbee, la primera descarga libertadora de una explosión en cadena a lo largo de la tierra. Brzezinski lamentaba que esta descarga de libertad se detendría en el siglo xx con la demanda de otro valor, el igualitario. La bandera libertaria fue vista inclusive con hostilidad, contrapuesta a la de justicia social.

¿Qué sucedió? Algo simple, los pueblos que hicieron suyas las banderas libertarias de la Revolución Estadounidense de 1776, y las de la Revolución Francesa de 1789, tomaron pronto conciencia de que éstas carecían de posibilidad en pueblos que habían entrado a la historia bajo el signo del coloniaje. Estados Unidos había sido el primer pueblo que había anulado el coloniaje, pero también en nombre de la libertad y para su beneficio impuso nuevas formas de dependencia. La libertad no estaba al alcance de pueblos en la situación de desigualdad que les imponía el coloniaje. La desigualdad hacía imposible la libertad enarbolada. La libertad resultaba exclusiva para pueblos con mejores medios para hacerla respetar e imponían nuevas dependencias. La justicia social era condición indispensable de la libertad.

Ante metas que deberían ser comunes, los pueblos enarbolaron, unos, la bandera de la libertad, otros, la de la justicia social. En un caso, la libertad sin justicia al alcance de los supuestamente más

* Palabras leídas al recibir el Doctorado *Honoris Causa* otorgado por la Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

aptos, en otro la justicia pero sin libertad. Así se enfrentarán a lo largo del siglo xx dos sistemas, que amputaban y enfrentaban lo que en conjunto es esencial al hombre. Había que elegir una parte con menoscabo de la otra. Enfrentamiento expreso en la guerra fría que siguió a la Segunda Guerra mundial.

La incompatibilidad entre libertad y justicia se hizo expresa como lucha de clases: patrón y trabajador. El proletariado como clase explotada toma conciencia de su situación y empieza a reaccionar con violencia, en el mismo inicio de la Revolución Industrial de la que se originó el capitalismo. Los proletarios se hacen presentes como sombra siniestra. A ellos se dirige el *Manifiesto del Partido Comunista* de Carlos Marx y Federico Engels: "Un fantasma recorre Europa —dice el *Manifiesto*—: el fantasma del comunismo". Se pone en marcha la lucha de clases que culminará con el logro de la justicia social en un sistema en que puede ser garantizada.

Es la respuesta a la injusticia de que hace gala el liberalismo sólo al alcance de los más aptos, expresa en el darwinismo. Respuesta a la libertad como un dejar hacer, dejar pasar, para que sin obstáculos los grupos supuestamente motores de la sociedad se desarrollen. Pero fuera de la concepción marxista, o en forma lateral, hay otros grupos sociales también explotados y no contemplados dentro del esquema europeizante del marxismo. A ellos no hace referencia el fantasma que recorre a Europa. Fuera de Europa, en otros lugares de la tierra, junto a la explotación de los trabajadores se da la explotación de los pueblos bajo coloniaje. Son los marginados de la tierra en una relación horizontal de dependencia a los que se suma la explotación vertical de clases.

La Revolución Estadounidense de 1776 fue la primera respuesta a la explotación colonial. En la Revolución comunista de 1917 en Rusia, se hace patente la doble explotación, la propia de la lucha de clases marxista y la colonial de la que hablará Lenin completando a Marx. Para garantizar el triunfo del comunismo a nivel mundial se sostiene la dictadura del proletariado, imponiendo la justicia social y a partir de ella la libertad. Totalitarismo de clase que implicará, aunque sea circunstancialmente, la absoluta falta de libertad en un equilibrado reparto de justicia.

Dos guerras mundiales, una, la de 1914, originada en el liberalismo al alcance de los más aptos, disputando materias primas, servidumbres y mercados. Otra, en 1939, desatada por el totalitarismo fascista creado en Europa para frenar el comunismo y que se vuelve contra sus creadores. Dos revoluciones, la de 1917 originada

por la explotación del liberalismo darwiniano, y la revolución anti-colonial de los pueblos llamados del Tercer Mundo. Pueblos que no pueden ser parte del sistema capitalista sino en calidad de instrumentos, pero que se niegan a ser parte del sistema comunista que constriñe libertades. Revoluciones que quedaron a su vez incorporadas a la guerra fría que siguió a la Segunda Guerra mundial. A partir de esta incorporación, las viejas demandas de libertad y autodeterminación iniciadas por la Revolución Estadounidense de 1776 serán enfrentadas por el sistema encabezado por Estados Unidos como expresión del comunismo a combatir. En este sentido las demandas expresas en la Declaración de Independencia de Estados Unidos y sus líderes, los Washington y los Jefferson serían ahora vistos como comunistas. Así, en nombre de la libertad serán combatidas las nuevas demandas de libertad y en nombre de la justicia las demandas de justicia social.

Llegamos así a los tiempos en que dan inicio cambios no imaginados: el año de 1989, bicentenario de la Revolución Francesa. Participa en la conmemoración de esta revolución Mijail Gorbachov, de la Unión Soviética, quien ha puesto en marcha lo que él llama un socialismo de rostro humano, que haga posible la justicia social con libertad. Gorbachov expone la relación de la Revolución de 1789 con la de 1917. Ambas como expresión de una sola y gran revolución encaminada a dar a los individuos y a los pueblos la libertad sin menoscabo de la justicia, y la justicia sin menoscabo de la libertad. 'La Revolución Francesa —dijo Gorbachov— proclamó la libertad del hombre y del ciudadano, la libertad del individuo. La Revolución de Octubre dio otro paso importante en el desarrollo de la historia universal: proclamó la libertad y los derechos de los trabajadores y las masas explotadas'. Amplió, universalizó, lo que se inició en un grupo de individuos y una nación, a todos los individuos y naciones de la tierra. La Revolución Estadounidense de 1776 también dio inicio a las demandas de autodeterminación de los pueblos y la libertad de sus individuos a nivel global. Una sola y gran revolución del hombre y para el hombre que la mezquindad de los primeros privilegios limitó a sus intereses.

El socialismo de rostro humano, propuesto por Gorbachov, podría encontrar su complementación con un capitalismo al servicio del hombre, sin discriminación alguna, liberalismo social, o capitalismo de rostro humano. Fue esto lo que puso en marcha, en 1989, las demandas que en la Europa bajo hegemonía soviética y en la misma Unión Soviética, harían saltar los muros que separaban a un

mundo del otro. Libertad sin justicia y justicia sin libertad. Frente a estas demandas no salieron ya para reprimir los tanques y las tropas soviéticas. Los pueblos podrán exigir libremente su derecho de autodeterminación. Era el fin de la guerra fría, que hacía inútiles los costosos armamentos y la ocupación militar en una y otra región en la Europa en el Este y el Oeste.

No ha sido así; el fin de la guerra fría, la caída de los muros, no han dado lugar a la conciliación de valores que no tienen que estar enfrentados. En ese mismo 1989 se proclamó el fin de la historia como antes se proclamó el fin de las ideologías. Fin de la historia como expresión del absoluto triunfo de un sistema, el que hizo posible el capitalismo. Fuera de este fin quedaban los pueblos que no habían mostrado capacidad para acceder a tal sistema, salvo como instrumentos. Tanto los países del Tercer Mundo como los que se habían formado bajo el socialismo real. Una vez más unas tres cuartas partes de la humanidad eran enviadas al vacío de la historia, a la marginación.

Termina la guerra fría y la historia también tenía que terminar con las demandas de justicia social de los pueblos marginados. Involucrada como estaba la lucha de clases con la lucha anticolonial, las demandas de autodeterminación eran enviadas al canasto de la historia. Un solo y gran sistema se alzaba sobre la tierra, el sistema liberal, democrático, de libre empresa y economía de mercado. Fuera los incapacitados para formar parte activa del sistema triunfante. Fuera también la Unión Soviética que se desgajaba a sí misma una vez terminada la fuerza totalitaria que la unificaba. Las demandas del mundo libre para hacer realidad el socialismo de rostro humano, fueron desoídas. Era el momento para poner fin, en forma definitiva, a la amenaza del comunismo y de cualquier otra demanda que afectase los intereses del sistema triunfante. El presidente de los Estados Unidos, George Bush reclamó el derecho de su nación a ser el conductor y guardián del orden del mundo triunfante, contaba con la fuerza moral y material. Todo el siglo xx, con sus experiencias, pasaba al olvido.

La desestabilización de la Unión Soviética y de otros países comunistas dio a su vez origen a demandas que parecían serle extrañas, expresadas globalmente en la peste nacionalista. Sin embargo eran las mismas demandas nacionalistas y antiimperialistas iniciadas por la Revolución Estadounidense del 4 de julio de 1776. Se agregaron otras demandas, que lejos de integrar nuevas naciones irán imposibilitando las mismas por lo encontrado de ellas. Demandas de identidad personal, exigencias del reconocimiento del modo

concreto de ser de cada uno de los demandantes. Exigencias para que se ponga fin a las discriminaciones por raza, religión, cultura, origen, etcétera. Fundamentalismos y nacionalismos llevados a la atomización, y con ello el regreso al tribalismo del que habla Jacques Attali.

Demandas ahora también de los marginados por haber pertenecido al mundo socialista, y que, rotas las barreras que les impedían salir, quieren participar en los logros de la otra Europa, el Mundo Occidental, exigiendo compartir el desarrollo. A estos pueblos no les basta con la libertad alcanzada frente a un sistema ideológico; quieren, también, participar en un mundo que se les había mostrado como algo que debían lograr si rompían con la ideología que les había sido impuesta. Pero esto es algo que el Primer Mundo no está dispuesto a compartir. "Esa búsqueda por un mejor bienestar global, había escrito Brzezinski, parece significar para muchos un reclamo de sus recursos y un presagio de la confiscación de los frutos de su labor". Así, el Primer Mundo que ayer hablaba de la caída de muros para no dejar salir, piensa ahora en muros para no dejar entrar.

Sin embargo es difícil levantar muros donde ya todo esta mezclado. Gorbachov se refirió a esta situación en la Unión Soviética y el mundo socialista. Todo está tan confundido que es difícil, si no imposible, deslindar territorios de acuerdo con los demandantes, sólo queda la guerra civil de todos contra todos. El Mundo Occidental, Europa Occidental y Estados Unidos, no escapan ya a esta situación expresa en el mundo socialista. También dentro del mundo capitalista crecen las demandas de los marginados por diversas razones. Demandas no sólo de los pueblos que al ser rotas sus fronteras exigen un lugar en una sociedad en la que la libertad y la justicia han de ser globales. Juntas están también las demandas de gente que el Primer Mundo lleva dentro de sus propias entrañas, para hacer el trabajo sucio. Gente que quiere también participar en los frutos de su propio trabajo. Gente que no se conforma con ser parte pasiva del mundo libre, sino que también quiere participar de su prosperidad. El capitalismo como ideología y también el comunismo están mostrando lo endeble de estas ideologías en gente que quiere no sólo ser libre sino también alcanzar la prosperidad de que hace alarde otra gente de la sociedad. Salvo que a esta gente no se le puede reprimir como se han reprimido las demandas externas de los pueblos marginados. Se puede bombardear Panamá, Irak o cualquier otra región de la tierra, pero no Los Ángeles o Nueva York

en Estados Unidos, ni París, Berlín, Roma en Europa, o cualquier lugar de este mundo en donde se han mezclado razas y culturas que reclaman ahora el reconocimiento a su humanidad. Es frente a esta situación que se plantean problemas de identidad al Primer Mundo que antes parecían exclusivos de pueblos bajo coloniajes.

Marx y Engels, en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848, habían escrito: "Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo". Hoy, en vísperas del siglo XXI, otro fantasma recorre no sólo Europa sino el mundo entero: el fantasma de los marginados. Marginados por su clase, su piel, su religión, cultura, nacionalidad y origen social, también por su sexo, sus inclinaciones sexuales, etcétera. Marginados que se están haciendo masivamente patentes a lo largo de la tierra, que ponen en crisis no sólo el sistema socialista, sino también el capitalista. Marginados que están poniendo en crisis viejos poderes que daban sentido al orden liberal, como el ejecutivo, el legislativo y el judicial en el sistema democrático; ponen en crisis a los partidos clásicos, como sucede en Perú; pusieron en peligro el sistema partidarista en Estados Unidos y amenazan extenderse a otros lugares de la tierra. Marginados como los que dieron el triunfo al presidente Bill Clinton en Estados Unidos y que lo saben y por ello están dispuestos a contar en una sociedad que ha de ser para todos los estadounidenses sin discriminación alguna. Esta gente está ya buscando su integración, para lo cual valdrán las palabras del mismo *Manifiesto Comunista*, pero ahora como *Manifiesto de los Marginados*. Los marginados "no tienen nada que perder más que sus cadenas; tienen en cambio mucho que ganar".

Es dentro de este contexto que se deben responder los interrogantes sobre el Estado y su relación con la justicia social sin infringir libertades. El mundo donde ha de actuar el Estado ha cambiado extraordinariamente en los últimos tiempos. Son otros los retos frente a los cuales no cabe el Estado que es distribuidor y que para serlo se hace autoritario y corrupto. Tampoco un Estado gendarme y por ello represor y también corrupto. Los sistemas que se disputaban la hegemonía sobre el mundo han entrado en crisis porque las ideologías sobre las que se sustentaban, la libertad con detrimento de la justicia y la justicia con detrimento de la libertad han mostrado su superficialidad. Fue suficiente que se aslojaran las mismas y terminase la confrontación para que salieran a flote reclamos que dan a la libertad y a la justicia social otro sentido. Los múltiples sentidos que se hacen ahora expresos en diversas demandas. Los analistas de nuestro tiempo se encuentran perplejos por esta multiplicidad de demandas, muchas de origen secular, que salen a flote.

Es fácil pasar del autoritarismo a la anarquía y de la anarquía al autoritarismo. Ejemplo brutal lo están dando los sucesos en los que fuera la tranquila Yugoslavia, donde viejos y nuevos odios inimaginados brotan originando otros más, dividiendo y subdividiendo la sociedad a la que parecía haber unificado el socialismo del mariscal Tito. Jacques Attali ha descrito esta situación diciendo:

Todos los ingredientes están en su lugar: el derrumbe de una fuerte autoridad central, el trastorno económico, quejas históricas, injusticias de todo tipo, tanto antiguas como modernas, brote de rivalidades étnicas, desacuerdo sobre los derechos de las minorías, disputas fronterizas, experiencias limitadas en el ordenamiento democrático de las cuestiones políticas.

Cuando Gorbachov se propuso dar a su pueblo la libertad que éste ansiaba y el mundo le reclamaba, sabía que esto sólo sería realidad si el pueblo mismo, libremente, se hacía cargo de su propio futuro y dejaba de depender de un Estado donador de lo que necesita; al poner esto en marcha surgió un nuevo reclamo: "Tenemos mucha libertad pero cada vez menos comida". George Bush presentó la caída del comunismo como triunfo del pueblo estadounidense en una lucha en que había demostrado ser el más apto. Pronto el mismo pueblo se dio cuenta de que los instrumentos que permitían vencer, como el sofisticado armamento, tenían un alto costo cuyo pago le había casi marginado del mismo mundo capitalista. La misma desaparición del enemigo originó un gran desinflé. ¿Dónde está ahora el mal? El mundo libre, lejos de sentirse satisfecho, se siente cada vez más amenazado por demandas que no son tan simples como las del comunismo. Ahora toda la gente quiere disfrutar de la libertad y quiere también ser parte de la opulencia alcanzada y con ello limita la una y la otra. Así, frente a los fundamentalismos, surge la xenofobia.

Poder satisfacer esta multiplicidad de demandas es precisamente la función del Estado en el futuro. No pueden ser satisfechas, aunque fuese limitadamente, como lo intentaron los socialistas, pero tampoco mediante el simple juego libre de intereses para que triunfen los mejores. Ahora el Estado debe cuidar de que no se originen nuevos totalitarismos, pero también que no se desaten anarquías. Deberán atender las demandas en su totalidad y orientar sin violentar a los demandantes, buscando soluciones que no impliquen contrademandas. En otras palabras, deberían cuidar de que la sociedad en su marcha mantenga un equilibrado reparto de los

sacrificios y los beneficios originados en ellos. En lugar de imponer relaciones de dependencia, relaciones de solidaridad que hagan de los éxitos de unos, alientos y posibilidad para el éxito de los otros. Pugnar por el obligado equilibrio de una relación, que al ser rota sólo ha originado brutales totalitarismos o anarquías. Pugnar por un liberalismo social o un socialismo liberal, según sea el enfoque. La solidaridad como conciliación de libertades que de esta forma origina la justicia sin menoscabo de la ineludible diversidad de lo humano. Es la doble cara de la misma moneda. No homoligar lo que es diverso, sino dar a cada uno lo que merece pero dentro de un sistema solidario en el que todos, sin menoscabo de sus peculiares identidades, impidan desequilibrios que se volverían contra sí mismos. Reconocer en el otro a un semejante por lo que tiene de distinto y, a partir de este reconocimiento, pugnar por el logro de lo común sin menoscabar lo distinto, como lo es, ineludiblemente, cada individuo. ¿Una utopía más?, posiblemente, pero sin la realización de esta utopía volveremos a los oscuros tiempos de la historia que deben ser ya superados. De no ser así, el fantasma de los marginados que recorre la tierra será la nueva amenaza.